

Topografía del cuerpo, mediación de la identidad

Nathalie Goffard

La medicina y las artes visuales, vistas desde el lugar común, parecen ser disciplinas opuestas. La primera es relativa a la salud, lo vital y perteneciente al área científica; la otra, de segunda necesidad, referente a reflexiones y sensaciones del campo subjetivo. No obstante, tanto médicos como artistas comparten similitudes: ambos escrutan la realidad, síntomas o signos según el caso, para ver cosas que otros no ven. Ya Walter Benjamin a inicios del siglo XX, comparaba al pintor con el mago y al productor de imágenes técnicas (fotógrafos y camarógrafos) con el cirujano. En efecto, Benjamin, a través de la metáfora del cirujano, preveía cómo las imágenes técnicas mediarían nuestra relación y forma de percepción de la realidad y, valga la redundancia, de nuestra propia realidad: el cuerpo. Ahora, si las ciencias médicas y toda su imaginería correspondiente se encargan de recordarnos que nuestro cuerpo es pura carnalidad, un envoltorio de células, fluidos y órganos, el arte insiste en reflexionar sobre nuestra humanidad, nuestro “estar en el mundo”. Por otro lado, se podría también argumentar que la medicina es una ciencia social, sujeta a interpretaciones y errores humanos, y que inversamente, la producción artística ha mutado hacia formas pragmáticas de investigación y sistematicidad que ya poco guardan relación con musas inspiradoras.

El arte y las ciencias han dialogado desde que el mundo se volvió antropocéntrico y racional. Por ejemplo, los estudios anatómicos de Leonardo Da Vinci o el cuadro *La lección de anatomía* de Rembrandt, son sintomáticos de una sociedad moderna naciente, ávida por develar los secretos de la máquina humana. Recién en 1895, Wilhem Röntgen descubrió los rayos X, sentando los precedentes del cuerpo visible desde su interior, devenido ahora transparente. Asimismo, dentro del marco de inventos y avances científicos que caracterizarían la Revolución Industrial, y que se desarrollarían exponencialmente en el siglo XX cabría mencionar la teoría celular, la pasteurización, los grupos sanguíneos y los primeros descubrimientos sobre genética y la secuencia del ADN que irían explicando la complejidad del cuerpo humano y revelando sus misterios. Ya lejos de las esporádicas disecciones cadavéricas exhibidas a modo de espectáculo en el siglo XVII, vivimos ahora familiarizados con diversas técnicas de visualización médica como ecografías, tomografías computarizadas, endoscopías o resonancias magnéticas. Nuestra realidad corporal está ahora mediada por imaginería tecno-médica y conocimientos abstractos, a los que accedemos con facilidad a través de internet. Esto trajo consigo una nueva forma de percepción y entendimiento del cuerpo propio y ajeno. Mas, en esta era de la imagen, tal como lo predijo Benjamin, esta mediación con la realidad está sujeta a interpretaciones y por ende, a errores. De hecho, todo aquel que ha vivido la experiencia de visualizar su interior, a través de distintos procedimientos tecnológicos o que ha revisado exámenes de laboratorio, podrá recordar que ello nunca deja de ser del todo perturbador, codificado, hermético; dejándonos expectantes por

entender los significados implícitos en aquellos elementos contenidos en la superficie corporal, que usualmente asumimos como única realidad.

La era de la imagen, implica una cultura de las apariencias y una “Sociedad de la transparencia”¹, donde el hombre contemporáneo todo lo exhibe y comparte, generando cambios de paradigmas en torno a la identidad, lo público, lo privado, lo virtual y lo real. Por todo esto, los límites de visibilidad del cuerpo se han extendido y convertido en un espectáculo². No es entonces de extrañar que la consciencia orgánica de nuestro cuerpo y todo su potencial mediático hayan traspasado las fronteras del campo médico y sean ampliamente utilizados como material de arte.

El *Body art* en los años sesenta fue pionero en concebir el cuerpo como materia orgánica y no como una representación idealizada. A partir de ese momento, han ocurrido diálogos interdisciplinarios formales y conceptuales entre arte y ciencia. De modo muy general podemos mencionar las cirugías plásticas a las que se somete la artista Orlan, las “plastinaciones” de cadáveres de Gunther Von Hagens, la relación hombre-máquina post humana de Sterlac, el uso de resonancias magnéticas reconstituidas en objetos escultóricos de Marilene Oliver y las codificaciones de ADN de Joe Davis, entre otros, que dan cuenta de estrategias de desplazamientos de información y procedimientos técnico-científicos hacia el arte contemporáneo en la época de la clonación, las neurociencias, los órganos artificiales y la cybercultura.

Justine Graham, en su proyecto “La Fisonomía del Sentido”, somete a la comunidad de la Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo a cuatro tipos de imágenes médicas: ecografía doppler carotídea, frotis bucal, retinografía y hemograma junto con testimonios orales que explican las motivaciones de estudiar aquellas carreras. Lo interesante de dicha operación, además de todo lo explicado anteriormente en torno a los cuestionamientos sobre lo que define nuestra identidad, es el ejercicio de invertir el empleo de procedimientos médicos, aplicándolos a los futuros profesionales de la salud y no para diagnosticar pacientes.

Hemos aprendido que una fotografía no dice nada en sí misma y hemos asimismo perdido la ingenuidad con respecto a lo que realmente puede entregarnos un retrato fotográfico sobre la identidad de una persona. Más allá de su fenotipo (color de ojos, pelo y piel), poco sabremos de su personalidad y aún menos de su genotipo o tipo sanguíneo. Por esto, Justine Graham, como muchos artistas contemporáneos, entiende el trabajo fotográfico como una herramienta al servicio de la investigación artística, donde la sistematicidad, repetición, uso de tipologías, y sobre todo, el complemento de textos, suplen la opacidad, incluso hermeticidad de la imagen fotográfica. Mas, las imágenes médicas que utiliza la artista, a ratos parecen cuadros abstractos, vistas topográficas o mapas de un cuerpo entendido como un territorio a explorar. Así, un ojo visto desde su interior, un análisis de sangre que define nuestra propia fórmula sanguínea o un examen de saliva que precisa nuestro ADN, nos hablan de las nuevas posibilidades plásticas y conceptuales que permiten cuestionar qué conforma realmente nuestra

¹ Título del libro del filósofo Buyng-Chul Han, quien denomina así la sociedad sobre-exhibida en la era de internet y a través de las redes sociales.

² Estamos ahora familiarizados, por ejemplo, con el hecho que una persona que espera un hijo ponga en las redes sociales ecografías 3D de fetos y las comparta con espectadores más allá del círculo cercano. Es decir, ya no sólo se exhiben fotografías familiares y *selfies*, sino imágenes del interior del propio cuerpo.

identidad. En una época de excesos de *photoshop*, abusos de cirugías plásticas y estandarización de la belleza, ¿deberemos buscar la individualidad de nuestro cuerpo ahora en su interior?

© *Nathalie Goffard*

Ninguna parte de este texto puede ser reproducido sin la autorización de su autor.